

Notas Bibliográficas

ANATOMÍA DE LA REVOLUCIÓN.—*Crane Brinton*, versión española de Ernestina de Chompourcin. México, Fondo de Cultura Económica, 1943 (Sección de obras de Sociología, dirigida por José Medina Echavarría. I. Manuales Introditorios), 312 p. Dls. 1.25, \$6.00.

LA verdadera esperanza revolucionaria —el que esto escribe es un desterrado español— adelgaza a ojos vista en esta quietud forzosa en que nos vemos precisados a vivir. Por lo menos lo que pudiéramos llamar esperanza nuestra, lucha nuestra. Nos la quitaron hace unos años, cuando nos dejaron perder lo que estaba ganado de por siempre, lo que, con su victoria definitiva, representaba entonces la esperanza del mundo. Y si el destierro siguiente era, debía ser, y es todavía, a pesar de todo, un destierro de esperanza, el tremendo deseo de ganar la guerra que ahora domina al mundo, sin pensar demasiado en ganar de verdad la victoria, justifica en parte que hablemos de ese adelgazamiento de la esperanza, de ese debilitamiento progresivo de la fe verdadera, que no de la fe en la *victoria*. Pero de la sombra surge la luz. Y la luz está sin duda en esas generaciones nuevas que no dejarán que se les escamotee lo que han ganado —están ganando— a pulso en cada hora de la ya larga lucha. Si la luz venidera es de todos, como esperamos, lo será también de la primera luz que hubo en lo que va de siglo y que dejaron apagar transitoriamente los que, al salvarla, no hubieran hecho otra cosa que salvar la propia.

Angustiosamente atentos a lo que pasa a nuestro lado sin posible participación en ello, queremos y podemos encontrar tiempo para madurar dentro de nosotros todo lo que algún día pueda convertirse en actos valerosos por sí propios. Y ya que la lucha por la revolución —en él más alto

sentido de la palabra— nos está velada, hemos de contentarnos con meditar un poco sobre ella, con la frialdad que debe presidir toda meditación, enfriada, si cabe, por la índole de la compañía que en nuestro recorrido llevaremos, que es la de un sociólogo que se ha adentrado, en un libro extraordinariamente sugestivo, por el esqueleto de ella. Anatomía de la revolución. Crane Brinton nos invita a acompañarle en su exploración de cirujano por el cuerpo inerte de cuatro revoluciones ejemplares de nuestra edad moderna. (Una de ellas —la rusa—, nacida con nosotros hace veinticinco viejísimos años, colea todavía y sabe defender con denuedo admirable la patria que pudo encontrar para su formidable experiencia.)

Hemos hablado antes de meditar. Más bien deberíamos hablar de acompañar, siquiera sea en la brevedad de una nota bibliográfica, la meditación del sociólogo americano que tras tan sugestivo título se nos ofrece. Y eso es lo que vamos a hacer desde ahora mismo, tratando de entregar al lector la forma desnuda de un libro en que se hace anatomía, y anatomía . . . sociológica.

Aunque el autor no se lo proponga —y explícitamente lo manifiesta así—, este libro nos puede dar, ejemplificada su esencia en la esencia particular de cuatro casos también particulares, algo del genio y figura mostrencos de la revolución, en singular. Porque aunque Briton no pretenda al comparar cuatro revoluciones triunfantes en los Estados modernos —la inglesa de 1640, la norteamericana, la gran revolución francesa y la rusa de nuestros días—, hallar un tipo ideal de revolución, algo así como la idea platónica de la revolución, sino más bien intentar con ellas un trabajo de sistematización “que aún está en la infancia”, el trabajo mismo, con las uniformidades halladas, con las generalizaciones comunes, nos entrega una imagen cabal de lo que “la revolución” puede ser, de lo que ha sido y es hasta ahora.

Brinton se declara partidario de una imparcialidad absoluta para examinar un fenómeno tan poco indiferente a todos como el de la revolución (el científico “en cuanto particular, puede amar y odiar, esperar y temer; en cuanto hombre de ciencia, debe procurar olvidarse de todo eso cuando entra en su despacho o su laboratorio”). Para justificar su trabajo de sistematización —y un tanto también para defender los no poco calumniados trabajos de la ciencia social— Brinton antepone a su obra unas breves y enjundiosas consideraciones sobre la necesidad de que se someta el fenómeno “revolución” a un estudio científico, sobre las posibilidades de los métodos de la ciencia social y sobre la manera en que éstos se han aplicado a su trabajo, para acabar señalando las limitaciones del tema a las que le

ha llevado el tener que desechar intentos como el de descubrir uniformidades en *todas* las revoluciones registradas. Intento inútil, porque no se pueden conocer todas las revoluciones ni dar concreción a la respuesta a una pregunta: “¿qué tienen de común todas las revoluciones?” Así pues, hay que limitarse a ver la semejanza de cuatro de ellas que tuvieron lugar en el mundo occidental posterior a la Edad Media, que fueron “populares”, que se llevaron a cabo en nombre de la “libertad” de una mayoría contra una minoría privilegiada, y que triunfaron. Imposible, por tanto, esperar de este libro una sociología de la revolución, para la cual habría que tener en cuenta revoluciones de otras clases. Lo que sí tenemos después de su lectura, quíéralo o no el autor, es una serie de ideas generales derivadas de casos particulares, pero que pueden aplicarse en muchos de sus supuestos a otros que pudieran presentarse.

Brinton comienza su estudio propiamente dicho examinando los “antiguos regímenes”. El término *ancien régime*, acuñado en Francia, puede servir muy bien para describir las sociedades en que surgieron las revoluciones, para perseguir en esas sociedades los síntomas preliminares de la revolución y poder ofrecer su diagnóstico. En la mayoría de las sociedades modernas pueden encontrarse todos los signos preliminares que Brinton señala: déficit de los gobiernos, protestas contra los impuestos, favoritismo gubernamental que beneficia unos intereses económicos en detrimento de otros, mala administración, deserción de los intelectuales constituyéndose en grupos de presión, pérdida de confianza en sí mismos de muchos de los miembros de la clase dirigente, extensión en ellos de la creencia de que sus privilegios son injustos o dañinos a la sociedad, separación del poder económico del político y la distinción social, etc. Y, aunque con ellos delante no sea posible diagnosticar la revolución del todo, ni aun dándose con frecuencia tipos como aquel marqués de Argenson que predijo el estallido de la revolución francesa con cuarenta años de antelación, si hay un momento en que la revolución “está ya en el aire”, en que el temor o la esperanza de ella pasan a ser de propiedad común y han sobrepasado la acción de los intelectuales, yendo más allá del momento en que éstos han cumplido su misión de arrancar a los mortales comunes y corrientes de su irreflexivo optimismo.

Las primeras fases de las revoluciones ocupan luego la atención de Brinton. Los años que preceden al comienzo de la revolución son teatro de grandes protestas contra la tiranía, de lluvia de panfletos y discursos, de gran actividad —a veces febril— en los grupos de presión interesados. Los gobiernos son débiles para contrarrestar el ambiente desfavorable. Nada

pueden sus medidas, por enérgicas que sean, contra la fuerza irresistible de los grandes y pequeños acontecimientos que se van amontonando en contra suya. Brinton va examinando los sucesos que se dieron en esas primeras fases en las cuatro revoluciones que estudia. En todas —Rusia fué un caso excepcional, porque se dió el hecho en el cortísimo plazo de los motines callejeros de 1917, en Petrogrado— los primeros pasos de la revolución no fueron siempre claros. (No lo son nunca ni aun para los revolucionarios mismos, y es muy raro que la transición de la agitación a la acción propiamente dicha sea algo súbito y definido. Lo que viene a confirmarnos la tesis que sustenta el autor más tarde, de que en la revolución no es todo espontaneidad, como sostiene la que podríamos llamar con él, escuela de las circunstancias, ni la planeación, como cree enfrente la escuela de los conspiradores, sino más bien que la revolución se da como fruto de la colaboración entre los hombres, que, deseando un cambio, echan la semilla, y la naturaleza, que recibe esa semilla y guarda ya en sí misma un clima propicio para su desarrollo y florecimiento.) Estas primeras fases tienen su culminación cuando entra en juego la fuerza. Entonces llega la revolución verdadera. El gobierno cae ante los revolucionarios en el momento en que se ha perdido el control de sus fuerzas armadas, o no es capaz ya de emplearlas con eficacia. La revolución ha triunfado. Estamos en la fase que Brinton denomina con graciosa metáfora “luna de miel de la revolución”. Fase brevísima. Son las horas de la alegría revolucionaria, del entusiasmo por el triunfo alcanzado. Termina —horas sólo cuando la revolución actúa con rapidez— en cuanto los revolucionarios se han hecho cargo absoluto del poder y tienen que enfrentarse con el problema de encauzar, administrar y llevar adelante el nuevo gobierno.

De la variedad extraordinaria de hombres y mujeres que son actores más o menos destacados en la revolución, quiere Brinton extraer algunos tipos de revolucionarios. Y nos muestra ante todo lo que pudiera ser el *cliché* del revolucionario dentro de las distintas mentalidades: el buen *cliché* y el mal *cliché*, el del héroe honrado y valiente, preparado y sincero, de los escritores proletarios, y el de la persona andrajosa, sin afeitar, callejera y violenta, que se pinta a sí misma la medrosa imaginación burguesa. Y, descartando ambos para intentar una clasificación verdaderamente objetiva, estudia los tipos principales que se ofrecen a nuestra vista en las cuatro revoluciones citadas. Presta atención preferente a todo lo que pueda referirse a la posición social y económica, como una de las vías de acceso más útiles al problema de las personas que intervienen en los movimientos revolucionarios, y comienza por los “soldados rasos” de la revolución, tan

oscuros e innominados como los de la guerra, para hablar después de los “líderes”. Establecida, mediante comparaciones y ejemplos, una especie de caracterología de estos tipos, aborda la cuestión de ver qué condiciones personales de carácter y disposición se requieren para ser un revolucionario y qué clase de revolucionarios surgen de ese fondo múltiple, diverso y, aunque colectivo a veces, generalmente individual, que constituye la psicología particular de cada tipo o conjunto de tipos revolucionarios. E iremos repasando con él toda la variada escala de ellos que nos ofrece la historia desde el “caballero-revolucionario” hasta el *gangster*, y desde el calculador convenenciero y pillito hasta el mártir desinteresado.

Ha triunfado la revolución. Y primeramente gobiernan los moderados, por lo menos en estos cuatro casos edificantes que Brinton va estudiando. El autor examina todo el proceso de ese gobierno, con sus primeros problemas, su falta de decisión para resolverlos, la disparidad de criterios entre los gobernantes, el respeto excesivo por el enemigo recién vencido, la soberanía dual, las debilidades cada vez mayores, la contemporización con los bandos extremos, hasta llegar al fracaso total. Aun dándose en los gobernantes moderados grandes dosis de prudencia y sentido común, habían de fracasar inevitablemente, porque ambas cualidades —inestimables en tiempos pacíficos— son más bien locura sobre un terreno tan resbaladizo e inestable como el que ofrece toda revolución violenta triunfante.

Suben al poder los extremistas. La tensión provocada una vez derrocado el antiguo régimen entre el grupo de aquéllos y los moderados no podía acabar de otra manera. Sobreviene el golpe de Estado y con él la revolución entra en su fase crítica. Brinton va analizando con gran lujo de detalles lo que los extremistas son y representan dentro de la revolución misma, cómo actuaron en contraste con los moderados, cómo les fueron ganando la partida, la dura disciplina que supieron administrar a sus seguidores y que ha de caracterizar luego a su gobierno. Para todo ello necesita ver cuál fué la organización que adoptaron y qué les llevó a imponer la fuerza de su reducidísima minoría a las masas nacionales, gracias a una decisión y unidad de criterio invencibles. Si se piensa en la fase inmediata al triunfo primero de la revolución, con sus vacilaciones y debilidades, se ve bien cómo no había posibilidad de escapar al triunfo de los extremistas. Nadie como ellos estaba preparado para adaptarse —incluso en el sentido biológico del término— al ambiente único, especial, de la crisis. Tenían que triunfar irremediabilmente, porque eran los más aptos para el triunfo. El autor, antes de entrar a examinar la fase del terror, nos ilustra sobre la maquinaria de dictadura que montan los extremistas para su gobierno.

Seguir a Brinton en los dos últimos capítulos de su libro, que le sirven para cerrar el ciclo de las revoluciones en su fase de terror y terrores (términos que se han aplicado siempre de un modo casi exclusivo a la revolución francesa que los hizo nacer, pero que son genéricos de las otras tres revoluciones estudiadas), implicaría, aun limitándonos a comentarios tan breves como los que anteceden sobre los demás, escribir otro tanto. No es posible hacerlo dentro de los límites, ya casi exhaustos, de una nota bibliográfica. Y es pena, porque son quizá los dos capítulos más llenos de sugestión y más aleccionadores sobre el tema. Y la moraleja del terrores podría ser bien sana para recapitular sobre muchos acontecimientos de todos conocidos.

Trunca como queda aquí la exposición anterior, no es más que el esqueleto del libro, un frío, casi abstracto esqueleto de las ideas resultantes. Pero la anatomía no se ha limitado nunca al mero esqueleto del cuerpo, sino que ha procurado abarcar la rica complejidad de todas y cada una de las partes que lo constituyen. Y lo que la nota no es en ese sentido, lo es en toda su plenitud el libro de Brinton, porque éste ha sabido rellenar ese esqueleto que aquí entregamos, con tal cantidad de datos, anécdotas, ejemplos y comparaciones, que el cuerpo de la revolución queda cabal y entero aun para el más exigente de los cirujanos. Y para quien se asuste de los libros sociológicos, diremos que Brinton une a su seriedad científica a machamartillo, un fino sentido del humor que hace agradable y amena la lectura del suyo, tan sociológico.

F. GINER DE LOS RÍOS

JEREMIAS BENTHAM Y JOSE CECILIO DEL VALLE

Resulta muy útil hallar las fuentes en que abrevaron los forjadores de las nacionalidades que hoy en día componen el próspero Continente Americano. Dar con el viejo vivero de donde se trasplantó el arbolillo del pensamiento, que se recreó hasta fructificar sobre nuestro generoso suelo, es tarea indispensable para penetrar en el mundo de la idea constructiva más importante del siglo pasado.

He aquí que la inextinguible actividad de Rafael Heliodoro Valle,¹ recoge, acota y publica el epistolario cambiado entre José Cecilio del Valle

1 VALLE, RAFAEL HELIODORO. *Cartas de Bentham a José del Valle*. México, D. F., Editorial "Cvltvra", 1942.